Visitaremos hasta las lomas heladas para observar más de cerca los efectos y prodigios del magnetismo, romperemos las capas de la tierra, penetraremos en sus entrañas y le arrancaremos los tesoros que avaramente se encierran en ella: lanzándonos de nosotros mismos, subiremos hasta la región de los meteoros, arrebataremos á la nube preñada el rayo espantoso con que atruena la tierra, encontraremos en él la inmensidad del espacio y volaremos hasta el vasto seno de la eternidad. Allí, prosternados ante la sombra de Képler y Newton, veremos caer la venda falaz con que impostores, embusteros y falsos intérpretes de la divinidad han cubierto los ojos á la crédula muchedumbre; veremos desaparecer las huellas y prestigios que nos han vendido por realidades. Entonces, y sólo entonces, el hombre empezará á ser lo que fué cuando salió de las manos de la naturaleza. No se abata vuestro espíritu pensando que la filosofía está fuera de vuestro alcance: sé que hay muchos que por convencimiento, y otros de mala fe, se empeñan en persuadir que algunos de entre vosotros no están en estado de emprender la gloriosa carrera, cuyo primer paso hemos dado hoy: huíd lejos de los que os hablasen en ese lenguaje; sois racionales, deseáis saber, y ya tenéis cuanto se necesita. La franqueza y la moderación reinarán en clase: yo espero que la rivalidad no tendrá lugar entre nosotros: aquí no hay maestros ni discípulos, sabios ni ignorantes, ricos ni pobres: hijos de la naturaleza, hijos de la ilustre América todos, todos somos iguales: no habrá otra distinción que la que nace del mérito y la virtud: practicad estas máximas y seréis amables. Entretanto yo aguardo el día, que quizá no estará lejos, en que descienda de este lugar para cederlo al hombre justo, al varón esclarecido que sabe desempeñarlo más dignamente que yo.

José A. Saco (*Cuba*).

PRÓLOGO AL FOLLETO SOBRE ANEXIÓN DE CUBA Á LOS ESTADOS UNIDOS.

Confieso con toda la sinceridad de mi alma, que nunca se ha visto mi pluma tan indecisa como al escribir este papel; y mi indecisión procede, no del asunto que voy á discutir, sino de la situación particular en que me hallo. Consideraciones que pesan mucho sobre mi corazón, me imponen un respetuoso silencio, y guardaríalo profundamente, si ellas fuesen las únicas que mediasen en la grave cuestión que debemos resolver; pero, cuando me veo en presencia de un peligro que puede amenazar á la patria, me juzgaría culpable, si, habiendo hablado en ocasiones menos importantes, no manifestase en éstas mis ideas. En mi favor invoco el derecho que todos tienen á emitir las suyas, y así como soy indulgente, aun con los de opiniones contrarias á las mías, hoy reclamo para mí, no la indulgencia que á otros concedo, sino tan sólo la tolerancia. Á mí *personalmente*, una revolución en Cuba, lejos de causarme ningún daño, me traería algunas ventajas. Desterrado para siempre de mi patria, la revolución me abriría sus puertas, para entrar gozoso por ellas: pobre en Europa, y abrumado de pesadumbres por mi condición presente y un triste porvenir, la revolución podría enriquecerme, y asegurar sobre alguna base estable el reposo de mi vida: sin empleos, honores ni distinciones, la revolución me los daría. Si, pues, tanto me da la revolución, ¿por qué no marcho bajo sus banderas? ¿Por qué vengo á combatirla, renunciando á sus favores? que algunos dirán que mis opiniones son retrógradas; otros, que soy un apóstata; y aun no faltará quien pregone, que he vendido mi pluma para escribir contra la *anexión*. Pero á los que éstas y otras cosas digan, si las dicen de buena fe, los perdono; y si de mala, los desprecio.

El Mismo.

JUICIO SOBRE LA PROFECÍA DEL INCA DE LA ODA Á JUNÍN.

Algunos han acusado este incidente de inoportuno, porque preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea; el poeta obedece á los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designios, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran insensiblemente su atención. Horacio dirige plegarias al cielo por la feliz navegación de Virgilio: la idea de las tempestades le sobresalta; y los peligros del mar le traen á la memoria la audacia del hombre que arrostrando todos los elementos, ha sacado de ellos nuevos géneros de muerte y nuevos objetos de terror. Ocupado de estos pensamientos, olvida que ha tomado el plectro para decir adiós á su amigo. Nada hallamos, pues, de reprensible en el plan del *canto á Bolívar*; pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.

A. Bello (*Venez.*).

SOBRE HEREDIA, POETA CUBANO.

Sentimos no sólo satisfacción sino orgullo en repetir los aplausos con que se han recibido en Europa y América las obras poéticas de D. J. M. Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginación y sensibilidad; en una palabra, escritas con verdadera inspiración.

No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este joven.

Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos del Sr. Heredia, se nota un juicio en la distribución de las partes, una conexión de ideas, y á veces una pureza de gusto, que no hubiéramos esperado de un poeta de tan pocos años. Aunque imita á menudo, hay por lo común bastante originalidad en sus fantasías y conceptos, y le vemos trasladar á sus versos con facilidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del Ecuador tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada. Encontramos particularmente este mérito en las composiciones: « *Á mi caballo,* » « *Al Sol,* » « *Á la noche,* » y « *Versos escritos en una tempestad;* » pero casi todos descubren una vena rica. Sus cuadros llevan por lo regular un tinte sombrío, y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantrópica, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de lord Byron.

Tenemos en esta colección poesías de diferentes caracteres y estilos, pero hallamos más novedad y belleza en las que tratan asuntos americanos, ó se compusieron para desahogar sentimientos producidos por escenas y ocurrencias reales.

El Mismo.

SOBRE OLMEDO.

Todo en él es pensado: todas sus producciones llevan el sello visible de la lima: Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico. Tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado, no por el arrebato poético, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir ciertos procedimientos. Pone en ejercicio una

táctica poética, como un general emplea la estrategia. Arregla las figuras, las comparaciones, los pensamientos según un plan medido con mucha detención. Coloca aquí una apóstrofe, allá una máxima; por un lado una antítesis, por otro una exclamación; prepara la venida de una observación profunda por medio de una descripción amena y florida; toma la precaución de colocar junto á los tintes obscuros otros más suaves para diversificar las impresiones; procura que las palabras tengan armonía imitativa correspondiendo á los sonidos, movimientos y afectos que ellas expresan; en una parte amontona las erres, destierra de otra las consonantes. Hace con sus ideas y con sus frases lo que hace un general con sus cañones, sus caballos y sus hombres: pero todo eso lo ejecuta con talento; sabe su arte con perfección; es un Sucre, un San Martín, un Bolívar en poesía.

Podría decirse que Olmedo ha levantado en el canto á Junín un monumento á Bolívar con fragmentos antiguos y piedras cortadas, á imitación de las que se empleaban en las construcciones de Grecia y de Roma. Por eso la obra tiene un colorido de otro siglo: en ella sólo los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junín, de Ayacucho son modernos. Parece que fuera uno de esos obeliscos de Egipto que se han transportado á las ciudades modernas de Europa, y en el cual se hubieran grabado entre los jeroglíficos é inscripciones antiguas otras relativas á sucesos recientes, acaecidos á nuestra vista. La obra es ciertamente bella, pero tiene el aspecto de haber sido ejecutada en edad más remota y retocada últimamente á medias para ser consagrada á hechos posteriores á la fecha de su creación.

MIGUEL L. AMUNÁTEGUI *(Chile)*.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS MUISCAS.

JILMA, la más bella de las hijas de Nemequene, la flor de los campos, como lo decía su mismo nombre en la lengua de los Zipas, Jilma, la joven de los ojos garzos y del cabello rubio, más hermosa que el lucero precursor del día, más apacible que el murmullo de la fuente de Sangay, debía unirse en estrecho lazo con Zuinctheba, joven panche de familia real, valiente en la guerra, diestro en la caza, fuerte y generoso. Nunca bajó de los Laches robusto mancebo que pudiera competir con él en fuerzas; nunca el pintado guacamayo pudo sustraer su pluma apetecida al tiro certero de su flecha.

Pero Jilma tenía un hermano menor, el bello Tilmaquín, destinado á servir al Rey de Tunja en castigo de una falta de respeto á su padre, según era costumbre en aquel tiempo de severas leyes públicas y domésticas; y esta falta y este castigo eran un terrible secreto que no podía violarse impunemente, so pena de perder la vida, porque así lo exigía el decoro de la familia real.

Y Zuinctheba no solamente no era sabedor del borrón que el hijo de Nemequene se había echado encima, sino que estaba muy lejos de sospechar que con el tiempo había de tener en él un hermano.

Jilma pues, en medio de los preparativos de su boda y de los continuos obsequios de su familia y de sus súbditos, andaba pensativa y distraída y una amarga pena le afligía el corazón. Todas las tardes, al caer del sol, se encaminaba con lento paso hacia la colina de Houisaquén (1), desde cuya eminencia, contemplando el magnífico espectáculo del sol poniente entre nubes abigarradas de oro y púrpura, y extendiendo sus miradas á gran distancia por el camino que conducía á Tunja, suspiraba con ternura, y algunas veces una

(1) Usaquén, que quiere decir *nacimiento de la Luna*.

lágrima involuntaria, como nacida del corazón, sorprendía sus párpados, y resbalando á lo largo de su mejilla, venía á detenerse al borde de sus labios como si temiese profanarlos. Así las gotas del rocío caen sobre el tierno botón, pero deslizándose suavemente no dejan de su paso huella alguna.

El amor que siempre vela, que espía los pasos y busca las ocasiones de ver el objeto amado, había hecho que Zuinctheba la siguiese frecuentemente y á cierta distancia hasta un bosque inmediato; y allí oculto entre las ramas para no ser visto de ella, había tenido lugar de observarla libremente, y allí ¡ infeliz ! había notado la conmoción que visiblemente experimentaba el tierno pecho de Jilma, y con cuya causa él no podía atinar; pero devoraba en silencio el cruel tormento que sufría, y desconcertado y confuso, no hallaba sosiego en ninguna parte. Determinóse por fin á romper ese terrible silencio para saber de su propia boca la causa de tan singular variación. ¿ Es, la decía estrechando blandamente su mano entre las suyas y mirándola con ternura, es que acaso demasiado tarde has conocido que tu felicidad no estaba fincada en ser mi esposa ? ¿ Qué has visto en mí que pueda hacerme indigno de tu belleza ? ¿ No eres tú el dios de mis hogares, la estrella de mi vida, el ángel de mis sueños ? Brillaban los ojos de Jilma y con mudos ademanes más que con palabras le decía : sí, yo soy feliz, tú me amas y tu amor es la delicia de mi vida : dime que eres mi esposo, y no ambiciono otra dicha. Pero todas las tiernas insinuaciones de su amado, no fueron parte á recabar de sus labios la respuesta apetecida.

Ya el siote había comenzado sus cantos en la tierra de los Panches, y la pálida amapola reventaba sus botones, señal de que se acercaba la quinta luna del año, bajo cuya influencia debía celebrarse tan fausto enlace; y el dolor de Jilma no cedía en un punto, antes bien su tristeza se aumentaba por momentos... Pero no era que, al ver cercana la pérdida de su libertad y la separación de su familia su alma se hubiese contristado, como falsamente sospechaba el desgraciado

Zuinctheba ; no era que al tierno amor que siempre había mostrado á su futuro esposo, hubiese sucedido en su pecho el hielo de la indiferencia : era que el mismo día en que ella le había prometido su mano y su fe en presencia de su padre Nemequene, había pedido á éste en secreto, como única gracia, como único regalo de boda, que permitiese á su hermano volver al seno de su familia á presenciar su feliz unión y á gozar de las dulzuras de la paz doméstica ; y aquél, con entrañas de padre, gustoso se lo había concedido, mandando inmediato aviso á Tilmaquín de que su falta estaba perdonada, y que desde aquel momento levantaba su destierro para que se trasladase á su país á ser testigo de la dicha de su hermana. Pero ésta temía, no sin razón, del carácter impetuoso y altivo del joven, que resentido del agravio que se le había hecho y del cruel castigo impuesto á tan pequeña falta, no había de venir, renunciando jamás á sus hogares. Y la afirmaba más y más en esta idea, la guerra que estaba próxima á romperse entre el Tunja y el Sogamoso, en la cual la ambición de gloria era muy probable le hiciese tomar parte militando bajo las banderas del Zaque.

Llegó al fin la víspera de aquel día que con tantas borrascas y tantas fiestas se había anunciado ; y Jilma, como de costumbre, se dirigió con paso incierto y vacilante á la colina usada, deteniéndose de cuando en cuando. El sol declinaba, el ocaso estaba limpio y despejado, ni una nube, ni un vapor que empañase su brillo; pero el oriente comenzaba á ocultarse entre negras cortinas, y un lejano ruido anunciaba que la noche sería tormentosa. No habría ganado Jilma la tercera parte del repecho cuando divisó sobre su cabeza, puesto de pie sobre la alta cima, un joven de blanca tez, de atléticas formas y de larga cabellera rizada; su mano derecha velaba sus ojos de los rayos del sol, como para poder ver mejor, y dirigía sus miradas hacia la habitación de sus padres, buscándola en la llanura que tenía bajo sus pies ; su mano izquierda vuelta hacia la espalda sostenía su carcax pendiente de un cordón que Jilma había tejido para

él en su infancia. Apenas llegó ésta á distancia en que pudieron reconocerse uno y otro, un doble grito de sorpresa y de alegría escapado de sus pechos vino á reunirlos en estrecho abrazo, y allí las lágrimas de la tierna doncella corrieron sobre el seno del guerrero, y los ojos de éste se humedecieron de placer. Pero ¡desgraciado!... Cuando el bello Tilmaquín imprimía en la frente de la virgen el beso fraternal de que se había privado tanto tiempo; cuando estas dos palomas del desierto arrobadas de júbilo sentían latir juntos sus corazones al impulso de un puro afecto; cuando, ignorantes de que esta dulce entrevista sería su eterna despedida, se entregaron á los raptos de un cariño verdadero, una agudísima saeta disparada con las fuerzas del rayo vino á unirlos más estrechamente, y cayendo en brazos el uno del otro, mezclaron su sangre y sus últimos suspiros.... Las sospechas que últimamente habían asaltado el corazón de Zuinctheba se habían realizado en la apariencia, y esta apariencia los perdió...

Así el mismo secreto que violado imprudentemente, le habría quitado la vida á Jilma, guardado dentro de su corazón con llave de oro, aun para su mismo esposo, también se la quitó.

Poco tiempo después reposaban tres cadáveres bajo de tres grandes catafalcos hechos de piedras toscas y puestos en hilera sobre la misma eminencia que había sido teatro de esta escena. Jilma ocupaba el centro..... — DAMÓN.

JOSÉ CAICEDO ROJAS *(Nueva Granada).*

DISCURSO DIRIGIDO AL VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

* *

LA Providencia, siempre feliz en sus operaciones, mientras los gobiernos y los sabios de la tierra disputaban sobre los medios más eficaces de contener los progresos de la población y de la mendicidad, permite, en su sabiduría, que se descubran nuevos y sorprendentes medios de locomoción, y después de haber preparado así el camino, abre á los ojos atónitos de Europa las entrañas de la tierra que ocultaban el oro de California y Australia, y llama fácilmente hacia aquellas regiones desiertas, la población exuberante que afligía y desafiaba las inteligencias de los más insignes economistas. El Pacífico, antes solitario, se puebla de velas, y una considerable porción del linaje humano, dejando en el un extremo del mundo, con sus parientes, su religión y su lengua, el un eslabón de la cadena destinada á unir la humanidad, se lanza á los mares y los cruza en triunfo, transportando el otro eslabón á la remota Polinesia. Y ¡oh admirable concatenación de la industria humana, cuyos efectos benéficos se sienten, ya de uno, ya de otro modo, en las regiones del globo al parecer más diferentes y apartadas! apenas se descubren los ricos depósitos de oro en California y Australia, cuando todos los marineros sienten crecer su capital; y todos los armadores se hallan más ricos que antes; y los carpinteros de ribera hacen fortuna; y los dueños de maderas en Noruega, y los de cáñamo en Rusia y Polonia, y los de trigo en el extremo Sur de nuestra América, y los de hierro en Suecia, y los de té en China, y millares y millares más, todos sienten su situación benéficamente afectada por el nuevo capital que viene á animar la industria, y á aumentar el cúmulo de la propiedad en el mundo. Y no es ésta, ni aquélla, ni la otra región la sola beneficiada, que todas lo son en algún grado, por el flujo ó el reflujo de la riqueza

nueva, que se extiende por la tierra buscando la ganancia como buscan los líquidos su nivel por una ley física tan cierta como irresistible.

Entretanto los habitantes de nuestros valles del Pacífico, sin saber lo que está pasando en el mundo, continúan entregados, unos al ocio, otros á los frecuentes y sangrientos simulacros de la guerra; y aquéllos, al despertar de su natural indolencia, éstos, al dar treguas á su bárbara tarea, se encuentran con un capital doble del que poseían, sin saber cómo ni por qué. El maná les llueve del Cielo, como en otro tiempo al pueblo hebreo, mientras ellos murmuran y se rebelan contra las leyes de su Dios; y cuando talan las sementeras, insultan las hijas, é incendian las casas de sus inofensivos vecinos, llevados del furor que inspiran nuevas y absurdas doctrinas; cuando reniegan de los preceptos de amor y de caridad impuestos por el Cristo á la raza humana; la Providencia les revela, por medio de hechos claros y elocuentes, lo torpe y nocivo de la envidia, y lo conveniente que es para el hombre desear y promover, para su bien propio, la dicha de sus hermanos, por remotas y separadas que estén las regiones que habiten, y por incomprensible que parezca á primera vista la benéfica acción que ejerce la prosperidad ajena sobre nuestra prosperidad.....

J. Arboleda (*N. Granada*).

VEGETACIÓN DE LOS ANDES.

Si los hombres son diferentes, la vegetación de nuestros Andes parece que toca en los extremos. En el corto espacio de 20 leguas halla el botánico observador plantas análogas á las de la Siberia, plantas semejantes á las de los Alpes, la vegetación de Bengala, y la de la Tartaria septentrional. Basta descender 5 mil varas para pasar de los musgos del polo á las selvas del ecuador. Dos pulgadas de más en el

barómetro hacen mudar de faz el imperio de Flora. Los bálsamos, las resinas, los aromas, los venenos, los antídotos, todas las cualidades enérgicas están en la basa de nuestra soberbia cordillera. Los cereales, las hortalizas, los pastos, las propiedades benignas están sobre sus faldas. En las cimas se han refugiado las gramíneas, los musgos y la mayor parte de las criptógamas. Aquí se vuelven á hallar cualidades enérgicas en algunas plantas. Los extremos, ya lo hemos dicho, se tocan. ¡ Qué diferentes son las selvas de Santiago de las cercanías de Quito! La altura de los árboles crece en razón inversa de la elevación del suelo en que nacen. En las costas son colosales, y los diámetros enormes: los troncos derechos, perpendiculares, y dejando entre sí grandes espacios vacíos. Las lianas abundan en extremo. Maromas, cables semejantes á los de un grueso navío, bajan y suben, unas veces perpendiculares, otras envolviéndose espiralmente alrededor de los troncos. Aquí forman bóvedas, allí techos que no pueden penetrar los ardientes rayos del sol. Las palmeras, estos orgullosos individuos de las selvas inflamadas, levantan á los aires sus copas majestuosas, y descuellan sobre cuanto las rodea. Pocos musgos revisten los troncos. Las raíces someras se extienden horizontalmente á distancias prodigiosas. Un huracán, una ráfaga de viento arranca con facilidad estas masas inmensas que parecía desafiaban á todas las convulsiones y á la duración misma de los siglos. En su ruina envuelven á todo cuanto existe en su vecindad. Hombres, animales, plantas, todo queda oprimido bajo su mole. El silencio augusto que reina en estas soledades en medio de la noche, se interrumpe con frecuencia con el ruido espantoso que causa su caída. No es el diente, no las garras del tigre, no el veneno mortal de las serpientes lo que más se teme en el fondo de estas selvas.

Los vientos, las dislocaciones del aire ponen pálido al viajero y le sacan de su lecho. ¡ Cuántas veces turbó mi reposo una aura ligera seguida de un crujido ! Á cada paso hemos hallado espacios de ciento, de doscientas varas

cubiertos de palizadas provenientes de la ruina de un árbol que desplomaron los años y los vientos.

Los árboles de la parte alta de la cordillera son unos pigmeos comparados con los de la basa. Estos suben á 40, á 50, y frecuentemente á 60 varas de altura: aquéllos no se elevan sino á 10, á 15, y cuando más á 20. Sus raíces profundizan, y resisten á la impetuosidad de los vientos que reinan en estos lugares elevados. Sus troncos son aproximados, tortuosos y vestidos enteramente de musgos. Las plantas volubles son infinitamente en menor número. Aquí abundan los pothos, las titilancias, y demás parasíticas. Una sola palmera elevada, otras enanas, conservan en las alturas la forma de estos vegetales que parecen prodigados en las llanuras calurosas. En fin, si pierden en majestad las selvas elevadas de los Andes, adquieren en recompensa contraste, belleza, y no sé qué de tocante que nos arrebata.

Cuando atravesamos un bosque hallamos al lado del roble colosal el musgo humilde: la palmera erguida, que ha sustentado muchas generaciones, tiene cerca de sí al lirio efímero: unas se arrastran sobre la tierra, otras se elevan á los cielos Sobre el cuerpo inmenso del robusto caracolí dan cien giros espirales la banistería y el convólvulo, que entrelazándose de todos modos, forman festones y caprichos en que brilla el oro al lado de la púrpura. El toluífera aromático se halla asociado al venenoso manzanillo, y la quina, el árbol de la vida, la más preciosa producción del reino vegetal, mezclada confusamente con la apacua y con la ortiga. Más allá aparece el lisianto enorme, de cuyos ramos pende y flota en el aire el salvaje, que imitando la forma de una cabellera encanecida, imprime al gigante de los bosques el carácter de la venerable ancianidad. El loranto y las orquídeas, desdeñándose de tomar su jugo de la tierra, han fijado su residencia sobre la copa de los grandes árboles. Por todas partes vemos el junco al lado de la rosa, la grama con la encina, el cardo y el tomillo, los

aromas mezclados con las exhalaciones mortales, el antídoto con el veneno, lo grande y lo pequeño, lo bello y lo horroroso, lo estéril y lo fecundo, la dilatada duración y los momentos. Concluímos que las plantas se han esparcido sobre la superficie de los Andes sin designio, y que la confusión y el desorden reinan por todas partes. Pero no juzguemos de la naturaleza por las primeras impresiones: desconfiemos de las apariencias; no la calumniemos antes de penetrar más en su santuario augusto. Acerquémonos, observemos, midamos antes de decidir sobre materia tan importante.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS (*N. Granada*).

PEREGRINACIÓN DE ALPHA.

POR los años de 1820 á 22 el presbítero Felipe Salgar, virtuoso cura de Jirón, detuvo á un pastuso que acaso pasaba de viaje, y supo de él que en las cercanías había innumerables palmas llamadas *nacuma*, cuyos cogollos preparados convenientemente suministraban á los neivanos el material para tejer sus afamados sombreros jipijapas. El buen sacerdote concibió al punto la idea de proporcionar á las mujeres de su feligresía este nuevo medio de ganar la subsistencia; « y porque, decía, donde vive el trabajo no entra el pecado; » y en efecto, logró que el pastuso permaneciera en Jirón hasta dejar enseñadas algunas jóvenes. De éstas pasó las ciencias á otros y á otras, salvando en breve los límites de la parroquia y extendiéndose á las demás. Si el santo ministro viviese, vería hoy la suma de felicidad que su benéfica mano ha esparcido entre las mujeres del pueblo, regularmente desheredadas de todo trabajo productivo, por la invasión que ha hecho el hombre aun en los oficios sedentarios. Cerca de 3.000 de ellas emplean sus manos en tejer anualmente 83.000 sombreros de calidades diversas en sólo el cantón

Bucaramanga, los cuales vendidos les dejan 59.000 pesos de utilidad neta, deducidos 20.000 pesos, valor de los cogollos de nacuma y palma ordinaria. La mayor parte de esta cantidad la ganan las tejedoras de la villa, habiendo mujer que realiza una venta de 200 pesos anuales, suficientes para cubrir los gastos de existencia y algunos de placer y regalo, en un país en que la manutención abundante no cuesta más de 92 pesos al año. Así es que en este gremio, interesante bajo muchos respectos, se hacen notables el esmero en el vestir de telas finas, y cierta dignidad en el porte y modales, sugerida por el sentimiento de la independencia y el laudable orgullo del propio mérito, modesto, inofensivo y callado, no ese orgullo petulante de las mediocridades vanidosas que se agitan, y se pregonan y oprimen á los demás con su enfadoso individualismo. La tejedora permanece toda la semana en su casa, ora sentada en la sala barrida y pulida, sobre una esterilla momposina sobre la cual está una taza de agua para remojar la paja mientras confecciona la copa del futuro sombrero, ora invisible terminándolo á puerta cerrada, pero anunciando su afán y su esperanza con alegres cantares interrumpidos y variados cada rato, como quien tiene la atención puesta en otra cosa. Llega el sábado : el sombrero se ha terminado en mitad de la noche anterior á la luz de un candil : la joven tejedora peina desde temprano su cabellera de ébano, dividiéndola en dos trenzas magníficas que deja caer á la espalda : cíñese á la breve cintura las enaguas profusas de musolina ó zaraza fina, no tan largas que al andar no descubran el arqueado piececito metido al descuido en un alpargate blanco y diminuto : cúbrele el firme busto una camisa de tela blanca, entre opaca y transparente, ribeteada con flores y calados, obra de sus incansables dedos ; y puesto al desgaire un pañolón bien matizado, sale despejada y risueña, ladeando en la cabeza el sombrero que para sí ha tejido poco á poco los domingos con todo el primor de su arte, teniendo escogida de antemano la brillante cinta que lo adorna, y se encamina para la plaza en busca de los

compradores de sombreros, quienes la esperan sentados con aparente indiferencia en la esquina de la tienda, y junto al taburete la rolliza mochila de reales, elocuente aunque mudo reclamo. El sábado es día de pocas ventas, porque las tejedoras van, más bien que á negociar, á explorar el campo del mercado, calcular la extensión de la demanda, y contraminar la confabulación de los mercaderes para no pasar de cierto precio mínimo. La tejedora no se deja engañar por la indiferencia postiza de sus contrarios : sabe que ellos deben completar con urgencia las partidas de sombreros exigidas por los comerciantes de Cúcuta, y opone los incalculables ardides mujeriles al cómico estoicismo de los mochileros. Éstos, que de cierta hora en adelante comienzan á sobresaltarse, llaman, se sonríen, dicen cariños, y cuando llega el domingo acaban por sucumbir, olvidando sus pactos de oferta y tomando cuantos sombreros alcanzan antes que sus rivales se los lleven. Triunfantes las hijas de Eva, como lo usan y acostumbran en materias que les interesan, vuelven á sus casas con los manojos de nacuma para la tarea siguiente, arman sus corrillos alegres, pasean un poco, y al empezar la noche empiezan también el sombrero de la otra semana, sin perjuicio de..... ; pero respetemos los asuntos de aquellos ingenuos corazones. Sin el amor, sin el aura divina de los íntimos afectos ¿ qué sería la vida ?

M. Ancízar *(N. Granada).*

NATURALEZA DE LA RELIGIÓN Y DE LA SUPERSTICIÓN.

Dormían todos, Elpidio, y un profundo y majestuoso silencio robó á mi espíritu la edad presente, y dió nueva existencia á las pasadas. Sin los delirios del sueño, parecíame ver, no ya los trofeos de la muerte, sino su derrota, como un simulacro de la futura resurrección; y entre la espesa

muchedumbre, que agitada por un soplo de vida ondulaba en un espacio inmenso, veía elevarse los grandes maestros de la ciencia y la virtud, después de tan largo reposo, cual se elevan entre las olas suavemente movidas por el aura, los brillantes astros de la mañana, rasgando las densas tinieblas de una noche dilatada. Superior á la muda naturaleza, considerábala como nada, y mi *ser* parecía desprenderse de ella, absorto en la contemplación de un orden de cosas más excelso. Veía el término de la ignorancia y de la miseria, en la fuente de la salud y de la sabiduría; veía rotas las cadenas de las pasiones, y el espíritu libre y unido al único ser, que puede causar su felicidad. ¡ Qué armonía ! ¡ qué paz ! ¡ Oh ! ¡ pudiera yo expresar las sublimes emociones de mi alma en aquella noche memorable, que derramó sobre mí un raudal de fortaleza y de consuelo ! noche que bendecirán todos mis días; noche en que el insomnio, como para burlarse de la muerte, destruía su imagen, presentándome siempre la hermosísima de una eterna vida ; noche, Elpidio, que ojalá jamás hubiera pasado.

Yo me transportaba al augusto momento en que, abierto el seno de la eternidad, dió origen al tiempo, y la más perfecta criatura reflejó la imagen de su Creador. Resultaron entonces relaciones, que no pueden ser alteradas, sin que lo sean los objetos referidos; y como éstos no pueden serlo, porque el uno es infinito, y ambos son espirituales, aquéllas deben *ser eternas*. Hállase, pues, el hombre eternamente obligado á obediencia, gratitud y amor, al paso que el Ser supremo, es siempre clemente y justo, sin estar obligado, porque no es capaz de obligación, que siempre arguye inferioridad. La obediencia, la gratitud y el amor suponen un conocimiento, que si no es exacto, hace ridículos aquellos homenajes, por ser tributados realmente á un objeto imaginario. Tenemos, pues, que el conocimiento, que forma el hombre de su Creador, debe ser exacto, para que lo sea su religión, y no quede reducida á una farsa. Pero la exactitud de un conocimiento es la conformidad con su objeto, y siendo

éste uno é inalterable, debe aquél también ser uno é inalterable, si no es que pasa á ser error. De aquí resulta, que la religión natural es una é inalterable. Mas el hombre percibe la inmensa distancia entre su facultad conocitiva y el objeto infinito á que la aplica, y ansía por excederse á sí mismo, y profundizar aún más la sublime idea de un Ser tan perfecto; y hé aquí cómo advierte la insuficiencia de la religión natural para hacerlo feliz. Percibe al mismo tiempo, que el Ser infinito puede comunicarle como *don gratuito* conocimientos que él no puede adquirir como esfuerzo natural ; y de aquí la *posibilidad* de la revelación, la cual desde que es necesaria y posible, debe suponerse existente, á menos que no se blasfeme contra la bondad divina. Pero Dios no puede comunicar sino una sola é inalterable idea de sí mismo, y así es que la religión revelada no puede ser, sino *una é inalterable*. Resulta pues, que la religión, ora natural, ora revelada, no puede ser sino una é inalterable, y que la pluralidad de religiones es el mayor absurdo filosófico.

¡ Ah ! ¡ mi Elpidio ! ¡ Qué tristes reflexiones formó mi espíritu, comparando estas doctrinas con la historia de las vicisitudes religiosas de los pueblos ! ¡ Qué horrible me pareció en aquellos momentos el monstruo de la Superstición ! Ella ha separado á los hombres de su Dios, y de sí mismos; ella ha acibarado el corazón humano; ella ha inquietado las familias, incendiado las ciudades, asolado las naciones, y cubierto el orbe de víctimas de su crueldad. Apenas puede abrirse una página de la historia sin notar sus estragos. Ella ha hecho gemir al *saber*, gloriarse la impiedad, desmayar la energía, elevarse la impudencia, decaer la religión, y erigirse la infame hipocresía.

PBRO. D. F. VARELA *(Cuba.)*